MULTICULTURALISMO, CUERPO Y GÉNERO: UN DEBATE CONTEMPORÁNEO

Elsa Muñiz*

De las minorías a la sociedad multicultural

El siglo XXI se ha iniciado bajo el signo de la democracia. Son de uso común los discursos sobre la diversidad y el multiculturalismo en la conformación de las identidades contemporáneas. Se han incorporado tales categorías para expresar hechos de distintos signos culturales y describir las situaciones de vida y las experiencias colectivas de diferentes comunidades y grupos en el mundo globalizado. El multiculturalismo, en sus variadas interpretaciones, representa la respuesta a los reclamos formulados en nombre de los grupos minoritarios o "subalternos" y en algunas formas de feminismo de las sociedades occidentales, así como a las contradicciones generadas por las políticas asimilacionistas de los estados nacionales de viejo cuño. "El multiculturalismo contempla la existencia de la diversidad cultural en el seno de la sociedad".[1]

Hasta finales de la década de los sesenta, fue duramente criticada la marginación a la que se había sometido a todos aquellos diferentes que no se habían integrado a la sociedad hegemónica, la nación se presentaba como la forma política de la sociedad moderna donde las particularidades locales, étnicas o religiosas dieron paso a normas y formas de vida homogeneizadoras, en nombre del progreso, la legalidad y la unidad política. En ese contexto, se consideraba marginal o minoritario a todo aquel o aquellos quienes permanecían ligados a la tradición o a la naturaleza. Esta "minorización",[2] que se definía desde el discurso hegemónico del nacionalismo a ultranza, negaba toda posibilidad de existencia cultural en términos diferentes al establecido por el Estado-nación. Así, la destrucción cultural y social había sido tan importante como la que habían llevado a cabo las guerras y revoluciones. La muerte real y simbólica de las especificidades culturales fueron la marca que identificó a las llamadas minorías.[3]

No obstante los cuestionamientos que las sociedades contemporáneas han realizado a dichas políticas de marginación y minorización, la posibilidad y la forma de reconocimiento de los grupos culturales en la política

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

[1] Mary Nash, "Diversidad, multiculturalismo e identidades: perspectivas de género", en Diana Marre y Mary Nash (eds.), *Multiculturalismos y género. Un estudio interdisciplinar,* Ediciones Bellaterra, Barcelona, 2001, p. 21.

[2] Utilizo el término "minorización" para designar el proceso mediante el cual diversos sectores de la sociedad, aun siendo numéricamente relevantes, como es el caso de las mujeres que alcanzan 51% de la población, son considerados grupos menores pues su condición no es considerada importante y sus demandas son aplazables. En dicho proceso de "minorización" se encuentran las mujeres, los niños, los ancianos, los indígenas, los gays y lesbianas.

[3] Véase, Alain Touraine, *¿Podremos vivir juntos?,* Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1997, pp. 166-171

se encuentran entre las más grandes y preocupantes del programa político de muchas sociedades democráticas y democratizadoras actuales. Por eso se habla hoy de multiculturalismo, en primer lugar, con la intención de desdibujar las diferencias jerarquizadas que las sociedades nacionalistas reconocían de hecho con el término "minoría"; en segunda instancia, para adecuarse a la realidad de las sociedades postnacionales y globalizadas en las que los reclamos por la igualdad y el reconocimiento que abanderan tanto los protagonistas de los movimientos migratorios como los grupos tradicionales, los religiosos y los étnicos, han vuelto cada vez más complejas las estructuras sociales.

Sin embargo, cuando las demandas de los sujetos, basadas en el ideal de la dignidad humana, apuntan al menos en dos direcciones: en cuanto a la protección de los derechos básicos de los individuos como seres humanos, y en relación al reconocimiento de las necesidades particulares de los individuos como miembros de grupos culturales específicos,[4] el multiculturalismo sigue produciendo y reproduciendo una visión incompleta y sesgada del mundo. El problema fundamental se presenta, según Charles Taylor, cuando

> ...la exigencia de reconocimiento se vuelve apremiante debido a los supuestos nexos entre el reconocimiento y la identidad, donde este último término designa algo equivalente a la interpretación que hace una persona de quién es y de sus características definitorias fundamentales como ser humano.[5]

La tesis que Taylor apunta es que la identidad de los sujetos se moldea en parte por el reconocimiento, por la falta de éste o por el falso reconocimiento de otros, causando un daño que se traduce en formas de opresión que aprisionan a los individuos en un modo de ser falso, deformado y reducido[6] La autodevaluación es uno de los instrumentos más poderosos de la propia opresión.

Como se señaló antes, la visión incompleta que presenta el multiculturalismo atañe de manera fundamental a las mujeres, pues aunque no podemos decir que son o han sido minoría, sus demandas nunca han sido prioritarias. Así, la no incorporación del análisis de género ni de las mujeres como sujetos centrales de las experiencias multiculturales, constituyen todavía una dimensión periférica en el debate contemporáneo, pues las mujeres siendo un grupo no minoritario son una parte subordinada de la sociedad. En el mismo sentido encontramos a los grupos estigmatizados por la raza y la filiación étnica, en tanto que las comunidades gay y lésbica son situadas en la abyección y el desconocimiento. Sin embargo, volviendo a las discusiones de los años ochenta y noventa, sabemos que tomar en cuenta a las mujeres y la dimensión de género, significa considerar las diferencias que hay entre ellas en cuanto a la clase, la raza, la etnia, la edad y la ocupación. Lo significativo de esta visión incompleta del análisis desde el multiculturalismo, es que se reproducen, al mismo tiempo, esquemas de subalternidad de las mujeres en cuanto tales en oposición a los hombres, es decir, a partir de las diferencias sexuales, así como las que se establecen entre ellas mismas en tanto migrantes, indocumentadas, indígenas, negras, chicanas, obreras, pobres, ancianas y jóvenes.

Así, salta a la vista que el análisis del multiculturalismo ha dejado de lado a las mujeres en tanto cuerpos sometidos a las diferentes interpretaciones culturales que hacen de ellos cuerpos abyectos, desechables, a partir de la diferencia básica, la sexual, y por no adecuarse a los patrones de belleza, salud y normalidad que exigen los tiempos de la globalización. Las representaciones culturales expresan las diferencias fundamentales de raza y sexo en términos de diferencia natural irreductible que permite una oposición entre superior e inferior, también de base natural.[7]

De acuerdo con Taylor, el análisis de lo multicultural, y como parte de él la política del reconocimiento, es cada vez más importante para evitar la existencia de ciudadanos de "primera clase" y ciudadanos de

---

[4] Charles Taylor, *El multiculturalismo y "la política del reconocimiento"*, trad. Mónica Utrilla de Neira, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, p. 20.
[5] *Ibid.*, p.43.
[6] *Ibid.*, p. 44.
[7] Mary Nash, *op. cit.*, p. 26.

"segunda clase". Las acciones afirmativas y los reclamos de equidad han conducido a la obtención de derechos civiles y la cada vez más plena participación política de algunos sectores sociales. No obstante, en la esfera íntima, donde la formación de la identidad, es decir del yo, se da a partir de una relación dialógica con otros factores significantes, se han planteado interrogantes aún no resueltos del todo. Más allá de estar de acuerdo con Taylor en que éstas y otras propuestas sobre la concepción actual de identidad, la cual dio paso a la política de la diferencia y a la propuesta de la obtención de derechos también diferenciados,[8] me gustaría, en este trabajo, discutir la importancia que tiene el cuerpo de los individuos para la definición de su identidad sexual y de género y señalar cómo la política del reconocimiento no ha alcanzado el cuerpo de los individuos. El cuerpo, concebido por algunos autores como la matriz biológica sobre la cual se construyen las diferencias y las desigualdades socioculturales, se ha convertido en el centro de los debates que permiten acceder a esas formas de opresión que aprisionan a los hombres y las mujeres en un modo de ser falso, deformado y reducido.

¿Por qué el cuerpo?

El cuerpo como objeto de reflexión cultural y como base para la comprensión del multiculturalismo, tiene que ver con algunos de los cambios manifiestos en la cultura de la modernidad tardía. El cuerpo siempre ha sido importante para las sociedades aunque sus significados han cambiado y se han transformado históricamente. Con la muerte del capitalismo industrial y el aumento en la cultura del consumo durante la segunda mitad del siglo XX, la ética protestante con énfasis en el trabajo duro, el ahorro y la sobriedad, dieron paso a la búsqueda del gozo del tiempo libre, el hedonismo y el consumo desenfrenado.

El cuerpo es el vehículo por excelencia de la individualidad moderna para conseguir un glamoroso estilo de vida. El cuerpo no representa tanto las aptitudes físicas para este orden social, más bien se refiere al significado que adquiere para la propia existencia, para construirnos de la manera en la que nos gustaría ser. En una era en la que lo individual es responsabilidad del propio actor, el cuerpo es justamente, una hechura más del proyecto identitario de una persona. Los individuos son preparados para conseguir un cuerpo que luzca joven, delgado, sexual y exitoso, mientras que el cuerpo viejo, enfermo o discapacitado, es escondido a la vista.

El interés por el cuerpo viene también de la mano de los avances médicos y de la importancia que adquiere la salud y el bienestar físico. La esperanza de vida es mayor que en siglos anteriores. Paradójicamente, al mismo tiempo que se ha ganado tiempo de vida, se produce un incremento en la ansiedad social por el decaimiento del cuerpo y la muerte.

La disminución de la tasa de mortalidad se debe, en parte, a los descubrimientos tecnológicos que han permitido la realización de trasplantes, la fertilización *in vitro*, entre otras, y prácticas como la cirugía plástica, se han convertido en técnicas rutinarias casi al nivel de las dietas y el ejercicio, ofreciendo un importantísimo aumento en las posibilidades individuales para tomar el cuerpo en mano propia.[9]

Así, nuestros cuerpos se han convertido en una metáfora cultural para controlar lo que está fuera de nuestro alcance pues, aparentemente, el cuerpo nos pertenece y podemos repararlo, mantenerlo, mejorarlo. Esta es una noción del cuerpo que semeja una máquina y tal concepción se refleja claramente en la tecnología computacional, la cual desdibuja las fronteras entre el cuerpo y la máquina, entre las realidades física y virtual.

Sin embargo, los retos que la cultura propone a la corporalidad humana parecen insalvables cuando advertimos, en particular en los países pobres, la incapacidad para combatir males endémicos como la desnutrición, las enfermedades curables o el retorno de enfermedades epidémicas ya erradicadas, sin contar que la mortalidad que logra abatirse se compensa con las guerras y el desprecio actual por la vida humana.

[8] Véase, Charles Taylor, *op. cit.*

[9] Véase, Kathy Davis, *Reshaping the Female Body. The Dilemma of Cosmetics Surgery,* Routledge, New York, 1995.

Somos un cuerpo, tenemos un cuerpo

Los enunciados "*ser* un cuerpo" o "*tener* un cuerpo" nos remiten, en principio, a diferentes concepciones sobre el cuerpo, al mismo tiempo que nos alejan o nos acercan de la naturaleza. Tradicionalmente, las mujeres hemos sido cuerpo y los hombres han tenido un cuerpo. La posición de quienes se han interesado por el estudio del cuerpo humano a partir de esta visión esencializada de lo corpóreo, permite entender porqué la ciencia ha sido reacia a tratar con la materialidad del cuerpo más allá de la ecuación cuerpo=naturaleza. Los filósofos han tendido a privilegiar la mente sobre el cuerpo. Los teólogos han concebido el cuerpo como el enemigo del alma. Los científicos sociales se han enfocado a las estructuras sociales, las instituciones y la colectividad, relegando el cuerpo al ámbito de lo biológico. Los seres humanos son representados como actores descarnados, mas que como seres que viven, respiran, o son concebidos como organismos de carne y sangre. Los sociólogos prefieren imaginar que si las reglas sociales se hacen a través de nuestras mentes, es mejor que nosotros regulemos los cuerpos y no ser regulados por ellos, lo cual equivaldría a un triunfo de la naturaleza sobre la cultura, contrario, desde luego, a las aspiraciones de la modernidad y la civilización.

Sin embargo, Chris Shilling[10] sugiere que nuestro cuerpo no ha estado enteramente ausente, más bien ha sido una "presencia ausente" en las ciencias sociales. Por ejemplo, los psicólogos estudian la imagen del cuerpo y el concepto de sí mismo. Los antropólogos, tratan con los significados culturales que son atribuidos al cuerpo. Los sociólogos han discutido al cuerpo como un mensajero para el sí mismo. El cuerpo es tratado oblicuamente, como un símbolo de algo más: lo natural, el deseo o la biología. En este contexto, el reciente interés en el cuerpo puede ser visto como un intento largamente esperado para corregir un desequilibrio en el estudio de lo social. Así, los científicos sociales están recuperando un tema y haciéndolo el centro de sus análisis más que el punto oculto o implícito.

Michel Foucault ha hecho más que cualquier otro teórico social contemporáneo, al dirigir su atención al cuerpo; él reemplaza la conciencia subjetiva de sí mismo como un soporte de la historia, con la búsqueda de cómo los cuerpos son arbitrados y en ocasiones violentados para legitimar diferentes regímenes de dominación. El cuerpo se presenta como el lugar primario para la operación de las modernas formas de poder, poder que no ha sido frontal y represivo, sino más bien, sutil, evasivo y productivo. El poder es apreciado ahora como parte de las microprácticas de la vida diaria. Los estudios de Foucault sobre los regímenes de la prisión, el asilo y la clínica, tanto como la historia de la sexualidad, fueron seminales y comprendieron el cuerpo como objeto de los procesos de disciplina y normalización. A través de su trabajo, el cuerpo es visto más generalmente como una metáfora para discusiones críticas en las cuales se liga el poder al conocimiento, la sexualidad y la subjetividad.

No obstante, Arthur Frank[11] ha ofrecido la más convincente explicación para la recuperación del cuerpo en la teoría social. Él atribuye el actual interés en el cuerpo, como objeto teórico, a las contradicciones en el discurso académico que ha surgido en el despertar de la posmodernidad. Los impulsos contradictorios de las certidumbres modernistas y las incertidumbres posmodernistas, lo cual ocupa el centro de atención en la teoría social contemporánea, son también evidentes en las diferentes perspectivas sobre el cuerpo.

En el discurso de la modernidad, el cuerpo representa los hechos duros de la realidad empírica, la última justificación requerida por el positivismo y la Ilustración. El cuerpo es la única constante en un mundo rápidamente cambiante, la fuente fundamental de las verdades acerca de quiénes somos y cómo es la sociedad organizada, el árbitro final de qué es justo e injusto, humano e inhumano, progresista y retrógrado. Sin embargo, la enorme diversidad en las apariencias y comportamientos del cuerpo en diferentes culturas es también usada por científicos sociales como un

[10] Chris Shilling, *The body and Social Theory,* Sage, London, 1993.

[11] Arthur Frank, "For a Sociology of the Body: An Analytical Review", in Mike Featherstone, Mike Hepworth and Bryan S. Turner (eds.), *The Body. Social Process and Cultural Theory,* Sage, London, 1991.

argumento para el construccionismo social. Las variaciones culturales acerca de la definición del cuerpo, así como la diversidad de las prácticas corporales, muestran la fugacidad de la noción de lo que es un "cuerpo natural" e idealizado. Así, el reconocimiento de dicha diversidad es el punto de partida para una crítica de la universalidad, la objetividad o el absolutismo moral.

Esta misma contradicción puede ser encontrada en el discurso posmoderno sobre el cuerpo, aunque el cuerpo material es reemplazado por el cuerpo como metáfora, el conflicto entre la concepción del cuerpo como un ente dado de una vez y la concepción de que el cuerpo es un proceso o ente en construcción, permanece. Por un lado, el cuerpo es tratado como un lugar ideal desde el cual criticar la filosofía de la Ilustración y su tendencia a privilegiar la negación del cuerpo, la experiencia masculina, y la de las élites occidentales.

Por otro lado, los académicos posmodernos inspirados en Foucault, toman el cuerpo como un lugar por excelencia para explorar la construcción de diferentes subjetividades, así como para reconocer la labor minuciosa del poder disciplinario que actúa sobre el cuerpo. Así, tanto teóricos modernistas como posmodernistas alternadamente proponen el cuerpo como piso seguro para reclamar moralidad, conocimiento o verdad, y como innegable prueba de construccionismo radical.

Para Frank es precisamente este uso del cuerpo por agendas teóricas contradictorias lo cual cuenta para ubicarlo en un lugar de honor en la teoría social contemporánea. Desde su punto de vista, la tensión entre el cuerpo como punto de referencia en un mundo de flujos y la síntesis de esos mismos flujos, es inherente en cualquier perspectiva sobre el cuerpo. Así es como sirve a los seguidores de las controversias, asegurando de este modo que el cuerpo permanece como una materia teórica concerniente a ambos, académicos modernistas y posmodernistas.

La importancia del feminismo

Para comprender el resurgimiento del cuerpo como un tema de debate y estudio es necesario ubicarlo como un aspecto central del movimiento político del feminismo surgido en los años sesenta.

El cuerpo deviene tema político en la medida en que la lucha feminista gana espacios y propicia que las mujeres adquieran control sobre su fertilidad y discutan sobre su derecho al aborto. Las feministas recuperaron el cuerpo como prioridad en sus análisis sobre las relaciones de poder bajo el patriarcado y desde el análisis del poder y del género explicaron la manera en la que los cuerpos de hombres y mujeres son conceptualizados en el discurso científico. Para las académicas feministas, la indiferencia científica hacia el cuerpo fue, sin embargo, mucho más que un descuido, una tendencia o presencia ausente. Teóricas como Susan Bordo (1987), Evelyn Fox Keller (1985) y Moira Gatens (1996), han analizado la negligencia científica hacia el cuerpo, como un producto del dualismo del pensamiento cartesiano y la centralidad de la racionalidad en la ciencia modernista. Desde Platón hasta Bacon, el dualismo mente-cuerpo ha definido el pensamiento occidental, dividiendo la experiencia humana en una esfera corporal y una esfera espiritual. El cuerpo femenino viene a ser una metáfora del polo corporal de este dualismo: representa naturaleza, emocionalidad, irracionalidad y sensualidad.

Imágenes de peligro del cuerpo femenino apetitoso, precariamente regulado por sus emociones en contraste a la supremacía masculina, será el lugar social del poder, la racionalidad y el autocontrol. El cuerpo femenino es siempre el "otro": misterioso, desregulado, aquello que trata de hacer erupción y que desafía al orden patriarcal a través de la distracción del conocimiento, la seducción que aparta de Dios, la capitulación al deseo sexual, la violencia o la agresión, el fracaso de la voluntad. En resumen, el cuerpo femenino representa todas esas necesidades de ser tomado y controlado por el objetivo descorporizador y científico masculino.

Al explorar la relación entre el género y la dicotomía cuerpo-mente en la ciencia occidental, académicas feministas han mostrado, desde la crítica, que hay una inclinación hacia la postura que tiende a negar el cuerpo, que encubre el miedo masculino a la feminidad y un deseo de guardar en un nicho el cuerpo femenino y toda la indisciplina que representa. Así, en una evidente embestida política convocaron a la elaboración

de una teoría social que tomara en cuenta el poder, el género y el cuerpo, pues para ellas, "llevar el cuerpo a cuestas" significa reeditar el miedo a la feminidad que la ciencia ha mantenido semejante a un descarnado incidente.[12]

Desde los años ochenta, se ha generado una gran cantidad de investigaciones feministas sobre el cuerpo de las mujeres desde una diversidad de disciplinas y perspectivas teóricas y metodológicas; ha sido el objeto de numerosos estudios empíricos en una amplia variedad de contextos específicos centrados en las formas en que las mujeres experimentan su cuerpo o cómo los cuerpos de las mujeres participan de diversas prácticas culturales y sociales, del mismo modo que se ha profundizado en las maneras en las que las sociedades han construido sus imágenes ideales o representaciones sociales.

La historia del cuerpo de las mujeres ha sido rastreada en varias áreas de la vida social y la atención se ha puesto en la manera en la que las instituciones y los discursos culturales dan forma a las experiencias corporales de las mujeres. El carácter específico de las vivencias de las mujeres desde su cuerpo como la menstruación, el embarazo y la menopausia, han sido exploradas. El control reproductivo ha sido el tema favorito de las académicas feministas, desde la contracepción, el aborto y la esterilización, hasta las nuevas tecnologías reproductivas. A inicios de la década de 1970 apareció el libro pionero del Colectivo de Boston *Nuestros cuerpos, nuestras vidas,* en el que la salud de las mujeres ocupaba el lugar central en la agenda de la investigación feminista, iniciando así una tradición en la que se ubica la atención en dos aspectos: por un lado, en la indiferencia por parte de la profesión médica en las expresiones y vivencias corporales de las mujeres; y por otro, en las consecuencias negativas de la medicación y los peligros de las intervenciones quirúrgicas en los cuerpos de las mujeres. El discurso médico ha jugado un importante papel en la construcción del cuerpo femenino como natural, inestable, deficiente, desaseado, desregulado. Desde la histeria y la ninfomanía en el siglo XIX, hasta las variantes del siglo XX como la depresión postnatal, el síndrome premenstrual, la anorexia nerviosa y la menopausia, los cuerpos de las mujeres han sido considerados como más susceptibles a patologías que el de los hombres. La concepción del cuerpo femenino como más cercano a la naturaleza que el cuerpo masculino, ha sido utilizada en la justificación para las diversas formas de opresión que constituyen la identidad femenina aún en la actualidad.

La sexualidad ha sido el principal foco de atención de las académicas feministas sobre el cuerpo. Han explorado el deseo y las experiencias sexuales poniendo especial atención en la normatividad constitutiva de la heterosexualidad. En las dos décadas pasadas el trabajo se ha realizado en torno a la violencia sexual: desde el abuso a menores, el rapto, la violencia doméstica, la explotación de las trabajadoras sexuales, al rapto masivo de mujeres en tiempos de guerra o el comercio internacional de esclavas. La legislación y las políticas estatales referentes a temas ligados al cuerpo como el aborto, la pornografía, la prostitución, han sido sometidas a un escrutinio crítico en su capacidad de socavar el derecho de las mujeres a decidir sobre su propio cuerpo. El discurso legal ha desmembrado el cuerpo femenino en formas que reducen la autonomía de las mujeres.[13]

Las experiencias de las mujeres con la apariencia de sus cuerpos han sido exploradas, desde las prácticas más cotidianas de belleza, tratamientos para adelgazar y modas, la reciente epidemia de los desórdenes alimenticios así como la cirugía cosmética.[14] La investigación feminista en estudios culturales ha promovido la investigación sobre la representación del cuerpo femenino en el cine y la televisión, mostrando la manera en la que la cultura de la imagen en los medios de comunicación "normalizan" a las mujeres presentando imágenes del cuerpo femenino como glamorosamente opulento, inverosímilmente delgado, e invariablemente blanco.

Las teorías feministas contemporáneas han delineado históricamente el cuerpo para comprender el género y

[12] Kathy Davis, *op. cit.*, p. 5.

[13] Véase, Zillah R. Eisenstein, *The Female Body an d the Law,* University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1988.

[14] Un ejemplo de este tipo de estudios es el libro de Joan Jacobs Brumber, *The Body Project. An Intimate History of American Girls,* Vintage, New York, 1998.

la diferencia sexual. Los estudios realizados han mostrado cómo el cuerpo de las mujeres es la base para la construcción de la feminidad, así como la manera en la que las diferencias están constituidas a lo largo de las líneas trazadas por la clase social, la raza, la etnia, la nacionalidad, la sexualidad, las capacidades corporales y más. El cuerpo femenino es el objeto de procesos de dominación y control, tanto como el lugar de las prácticas subversivas y la lucha por la propia determinación y la obtención del poder.

Algunas teóricas feministas han comenzado a trazar la interconexión entre racismo y cuerpo, mostrando cómo el cuerpo ha sido central a la construcción de "la raza". A principios del siglo XIX, los científicos justificaron la expansión colonial con argumentos biológicos acerca de la superioridad de los tipos raciales europeos. Los cuerpos de las mujeres africanas jugaron un papel significativo en la imaginación de los científicos masculinos europeos quienes representaron a esas mujeres como salvajes, cuyos cuerpos eran desregulados, desconocidos continentes que deben ser explorados y domados. Las mujeres no-blancas fueron pensadas como dotadas de una sexualidad animal y sin control, un mito que justificaba la utilización de las mujeres negras para engendrar esclavos. Las diferencias raciales han desentrañado la producción de la "otredad", el poder y las jerarquías también entre las mujeres. Por ejemplo, la piel luminosa como ideal femenino de la belleza occidental blanca, es pretendido por las mujeres de piel obscura, nariz ancha y cabello rizado. En razón de representar a la "mujer", mujeres blancas occidentales requieren de una "otra", la mujer de color o las mujeres de los países no occidentales.

Además de ser usado para la construcción de las diferencias raciales, el cuerpo femenino ha sido siempre el blanco de los discursos nacionalistas[15] e instrumento de los procesos de minorización de esas "otras" mujeres no-blancas: indígenas, mestizas, orientales y negras. Los cuerpos de las mujeres han sido usados como metáfora. El cuerpo femenino no sólo representa libertad y liberación, sino que es la marca simbólica de las fronteras entre "nosotros" y "ellos". Es movilizado para encender la flama de los conflictos étnicos y el militarismo.

Aunque apresurada, esta revisión de la investigación feminista contemporánea sobre el cuerpo, indica que el cuerpo como tema es difícilmente nuevo para las académicas feministas, el cuerpo ha sido siempre, y continúa siendo, de importancia central para la comprensión de las experiencias y prácticas corporales de las mujeres, así como para la construcción histórica y cultural del cuerpo femenino en diversos contextos de la vida social.

A pesar de las diferencias en temas, orientación teórica y aproximación metodológica, los acercamientos feministas al estudio del cuerpo, invariablemente atienden a tres problemáticas: la diferencia, la dominación y la subversión. Estos temas forman parte de los análisis de las experiencias de apropiación del cuerpo y de las prácticas corporales, tanto como en los estudios que muestran cómo el cuerpo femenino es construido en las diferentes culturas, contextos sociales y épocas históricas. Asimismo, permiten comprender su importancia en la reformulación de un análisis multicultural que permita reconocer una diversidad que va directo al centro de las inequidades.

Procederemos ahora a realizar un acercamiento a esos temas y a ciertos debates que se han generado dentro del feminismo académico sobre el cuerpo.

Diferencia sexual y corporalidad

El problema de la diferencia sexual ha jugado un papel central en el feminismo académico sobre el cuerpo. Por un lado, las feministas académicas han sido cautelosas ante cualquier intento por usar el cuerpo como explicación para la construcción social de la diferencia entre los sexos. En otro sentido, ellas han sido críticas de las aproximaciones que tratan el cuerpo como un universal, ignorando de este modo, las características específicas de la corporalidad de las mujeres. En el primer planteamiento, el cuerpo es rechazado completamente como una explicación de la

[15] Véase, Elsa Muñiz, *Cuerpo, representación y poder: México en los albores de la reconstrucción nacional, 1920-1934*, Universidad Autónoma Metropolitana y Miguel Ángel Porrúa, México, 2002.

diferencia. Se argumenta que las nociones de diferencia corporal son fácilmente comprensibles si bordamos sobre las diferencias naturalizadas basadas en la raza o en el sexo. Como explicación, la diferencia corporal legitima las desigualdades sociales como indiscutibles, "normales" o inmutables. Las diferencias entre individuos son borradas mientras una diferencia, la que brinda el sexo biológico o la raza, es exagerada como la única que debe tomarse en cuenta. Centrarse en una corporalidad basada en la diferencia va de la mano con el esencialismo y la homogeneización.

Inicialmente la distinción sexo/género parecía resolver el problema del cuerpo. La famosa frase de Simone de Beauvoir, que señala "no se nace mujer, llega una a serlo", inició a una generación completa de feministas académicas, y fue un intento primordial por desaparecer la doctrina de la diferencia natural mostrando que las diferencias entre los sexos son socialmente construidas. Esto allanó el camino para una riqueza de estudios dedicados a la deconstrucción de las nociones biológicas de las diferencias racial o sexual que exploran cómo las representaciones de cuerpos naturales, más generalmente, son desplegados para legitimar relaciones de dominación y subordinación.

Pero la distinción sexo/género que ha sido fundamental para el feminismo académico, también tuvo algunos problemas. Uno de ellos fue que el cuerpo permaneció rezagado teóricamente. La teoría feminista se concentró en los significados culturales atados al cuerpo o a las consecuencias sociales dejando de lado las formas en las que los individuos interactúan con y a través de sus cuerpos.

En años recientes las estudiosas han comenzado a cuestionar la distinción sexo/género, pues si bien ha permitido a las feministas formular generalidades en las experiencias de las mujeres sin revertir el determinismo biológico, no se hace justicia a la diversidad de formas que adopta el cuerpo históricamente. El género parece ser socialmente construido, mientras que el cuerpo sexuado, no. Estos niveles del cuerpo material como un sustrato sobre el cual se expresa el género es una especie de percha sobre la cual se cuelgan las diferencias culturales, especialmente las de la personalidad y el comportamiento.

Judith Butler[16] ha sido una gran influencia en el cuestionamiento a la distinción entre cuerpo biológico y diferencias de género socialmente construidas al proporcionar el más radical rechazo de la diferencia de género argumentando que la distinción entre cuerpo femenino y cuerpo masculino es, en sí mismo, enteramente arbitraria, un artefacto de un determinado orden social organizado por la normatividad de la heterosexualidad. Así como hay una infinidad de formas de género, hay diferentes sexos. Para Butler, las mujeres ni nacieron ni se hicieron, ellas solamente se apropiaron de las prescripciones sociales y culturales sobre el sexo. El cuerpo es el territorio en donde los individuos establecen el sexo, con frecuencia de acuerdo con las normas heterosexuales, pero algunas veces de manera en que se rompen esas normas, causando con esto, "géneros en disputa".[17]

Un segundo planteamiento se refiere a que la diferencia es tratada de manera esencializada para comprender que la encarnación (apropiación del cuerpo), es la interacción de los individuos con sus cuerpos y a través de sus cuerpos con el mundo que los rodea. Aproximaciones que ignoran las diferencias en dicha apropiación del cuerpo son rechazadas como falsamente universalistas y no dispuestas a hacer justicia a las particularidades de las experiencias corporales individuales. Las condiciones de la apropiación del cuerpo, están organizadas a partir del género, la raza y la sexualidad, resultando posibilidades y restricciones diferentes sobre las prácticas individuales del cuerpo.

El feminismo francés ha sido el más influyente para tomar en cuenta la diferencia sexual como punto de partida para explorar los rasgos característicos de apropiación del cuerpo por parte de las mujeres. Es el caso de Hélène Cixous [18]quien hace un llamado a las mujeres para que "escriban su cuerpo" con el fin de

---

[16] Véanse al menos dos textos complementarios y fundamentales, Judith Butler, *Trouble Gender: Feminism and the Subversión of Identity,* Routledge, New York, 1989; *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"* (1993) Trad. Alcira Bixio, Paidós, Barcelona, 2002

[17] "Géneros en disputa" es la traducción hecha al título original de la obra de Butler *"Trouble Gender".*

[18] Hélène Cixous, "The Laugh of Medusa", *Signs 1,* 1976, pp. 75-93.

escapar de las restricciones del lenguaje falocrático. Feministas como Luce Irigaray y Julia Kristeva[19] han buscado maneras de dar expresión a los cuerpos de las mujeres como el sitio de pacer y éxtasis, sensualidad o disfrute maternal. Las diferencias en la corporalidad y experiencias sexuales de las mujeres o los modos únicos del deseo femenino no solamente introduce mayor perspicacia para comprender la materialidad de la "encarnación" femenina, sino que demuestra que el proceso de apropiación del cuerpo de las mujeres no es simplemente opresivo sino que puede ser herético e incluso también "empoderado".

Para otras académicas, la fenomenología ha proporcionado un útil punto de partida teórico para sacar en claro el sentido de la experiencia de vida de tener un cuerpo femenino. En su ensayo pionero *"Throwing Like a Girl..."*, Iris Marion Young[20] explora la fenomenología del comportamiento, la movilidad y la espacialidad del cuerpo femenino. Ella muestra cómo las restricciones de la feminidad en las sociedades contemporáneas hacen imposible para las mujeres usar completamente sus capacidades en un libre y abierto engranaje con el mundo. Tanto los acercamientos de los posestructuralistas franceses como de los fenomenólogos al proceso de apropiación del cuerpo, han estado cargados con esencialismo y han dado prioridad a la experiencia, particularmente cuando hablan de la variedad maternal o heterosexual; no se hace justicia a las diferencias en las experiencias de apropiación del cuerpo de las mujeres.

Iris M. Young ha intentado entrelazar las visiones feminismo posestructuralista con una teoría que tome en cuenta las diferencias entre las mujeres basadas en la clase, antecedentes racial o étnico, ubicación geográfica, sexualidad y capacidades corporales. Young ha proporcionado, hasta la fecha, la más prometedora perspectiva teórica sobre las diferencias corporales, en una visión que aborda la necesidad del reconocimiento de las diferencias en el proceso de apropiación de los cuerpos, mientras evade las trampas del feminismo de la diferencia. Para Young, el cuerpo es capital para entender la manera en que las culturas dominantes designan a ciertos grupos (mayores, homosexuales, gordos, femeninos, gente de color) como los "otros". Los grupos subordinados son definidos por sus cuerpos y de acuerdo a normas que los disminuyen y degradan como "putas, feas, repugnantes, impuros, enfermos o desviados". Pero encarcelando al otro en su cuerpo, se privilegian grupos –los notables, blancos, occidentales, burgueses, hombres profesionales– que establecen los estándares.

Esta jerarquización "estética" de los cuerpos, como ella la llama, no sólo es fundamental para la construcción de la diferencia, es también el soporte principal de los procesos de dominación.

Cuando se habla del cuerpo desde el feminismo, invariablemente ligan las experiencias corporales con las prácticas de poder. Desde la sexualización del cuerpo femenino en la publicidad masiva hasta el rapto de mujeres en las guerras, los cuerpos de las mujeres han sido sujetos de procesos de explotación, interiorización, exclusión, control y violencia. El cuerpo femenino es simbólicamente desplegado en discursos de poder, discursos que justifican la inequidad y las jerarquías basadas en el género y otras formas de diferencia corporal. Aunque el poder es una medida para cualquier perspectiva feminista sobre el cuerpo, esa perspectiva varía dependiendo de cómo el cuerpo es conceptualizado (como entidad material, como texto, o como práctica negociada) o la clase de armazón teórica que se usa, tomada en cuanta para las condiciones sociales, culturales y simbólicas del proceso de apropiación del cuerpo.

Inicialmente, en los estudios se consideraba el poder, moderadamente, como un asunto directo de dominación masculina y subordinación femenina en un orden social patriarcal. Las feministas académicas se centraban en cómo los cuerpos de las mujeres han sido regulados, colonizados, mutilados, o violados. Las mujeres eran vistas como las víctimas de la opresión y todas las mujeres eran oprimidas en y a través de sus cuerpos. El cuerpo femenino en toda su materialidad, fue visto como el objeto primario a través del cual el poder

---

[19] Luce Irigaray, *Speculum of the Other Woman,* Cornell University Press, Ithaca, 1985; Julia Kristeva, *Desire in Language,* Columbia University Press, New York, 1980.

[20] Iris Marion Young, *Throwing Like a Girl and Other Essays in Feminist Philosophyand Social Theory,* Indiana University Press, Bloomington and Indianapolis, 1990.

masculino operaba. Un cuerpo político/feminista fue defendido, con lo cual se atacó todas las prácticas e ideologías opresivas. La aspiración fue, finalmente, proporcionar direcciones para formas colectivas de resistencia, para el establecimiento de una estética feminista o alternativas de "empoderamiento" al régimen patriarcal del cuerpo para ayudar a las mujeres individuales a desarrollar relaciones más auténticas y empoderadas con sus cuerpos.

Más tarde, el enfoque de la teoría feminista sobre el cuerpo femenino se trasladó desde las experiencias de opresión hacia las imágenes que involucraban el cuerpo de las mujeres con relaciones de poder. Bordando sobre las nociones foucaultianas de poder, el cuerpo femenino se volvió un texto que podría leerse como un relato cultural acerca de las relaciones de género/poder. Lo que se refiere a lo común de las prácticas corporales de las mujeres fue reemplazado con la multiplicidad de significados corporales que podrían atribuirse al cuerpo femenino –principalmente a través de textos científicos, los medios masivos o el sentido común. El énfasis se trasladó desde el poder como explotación, coerción o manipulación, hacia los sutiles y ambiguos procesos de disciplina y normalización a través de las representaciones culturales. Dada nuestra identificación histórica e identitaria con los discursos culturales que definen el cuerpo femenino como inferior y en constante necesidad de vigilancia, no fue sorprendente que el foco se volviera colusión y complicidad más que formas feministas colectivas de protesta.

Susan Bordo[21] proporciona una de las más completas y poderosas lecturas culturales de cómo la dominación se ejerce sobre y a través de los cuerpos femeninos, explorando cómo las construcciones de la feminidad interactúan con el legado cartesiano de la mente sobre la materia y los discursos contemporáneos del control y la apropiación del cuerpo para producir una normalización política del cuerpo. Atrapado entre las tensiones de la cultura de consumo, la ambivalencia cultural hacia los apetitos femeninos y la oposición al poder de las mujeres, en la cultura occidental se cree que para controlar y contener sus cuerpos y sus apetitos, ellas pueden escapar del pernicioso ciclo de la "ineptitud", el de nunca ser suficientemente buena. Las mujeres pueden tomar el "poder masculino", entendido como autodominio y, paradójicamente, sentirse empoderadas o liberadas por las mismas normas y prácticas de corporalidad que las restringen o las esclavizan. Al mismo tiempo que Bordo reconoce las posibilidades de las mujeres para resistir, se muestra profundamente escéptica sobre el uso de las nociones como elección, libertad, o "agencia" (acción, gestión) para describir las acciones de las mujeres con sus cuerpos. Ostensiblemente, las prácticas liberadoras están en constante peligro de ser reabsorbidas por los discursos de la cultura dominante del individualismo liberal. Bordo admite que el viejo modelo opresor-oprimida necesita ser reemplazado por una comprensión del poder más sofisticada, ella advierte a las feministas mantener su mirada firmemente fija sobre la sistemática persuasiva y represiva naturaleza del cuerpo en las culturas modernas.[22] En nuestro presente, la "cultura de la mistificación" es una cultura que constantemente nos seduce con falsas promesas de poder y placer, por lo que necesitamos estar más interesados en la dominación que en la libertad y en las restricciones más que en las elecciones.

El cuerpo subversivo

Algunas feministas han argumentado que una atención unilateral a las restricciones de la cultura del cuerpo, obscurece el activo y conocido compromiso de las mujeres con sus cuerpos. Otras han señalado que las posibilidades para la elaboración simbólica de un cuerpo político transgresor se han agotado rápidamente dentro de la teoría feminista del cuerpo. Estas críticas han introducido las nociones de agencia y subversión dentro del feminismo académico sobre el cuerpo.

Con el primero de estos planteamientos, las académicas han intentado enmendar el desequilibrio que se

[21] Susan Bordo, *The Flight to Objectivity: Essays on Cartesianism and Culture,* SUNY Press, Albany, 1987.

[22] Véase también, Susan Bordo, *Unbearable Weight. Feminism, Western Culture and the Body,* University of California Press, Berkeley, 1993.

presenta en la teoría feminista en relación a la concepción del cuerpo y se han inclinado por la producción de estudios empíricos que analizan el papel activo que juega el cuerpo en los regímenes contemporáneos. Tales investigaciones se enfocan en la manera en la que los individuos, a lo largo de la historia y en todos los caminos de su vida, han negociado continuamente las limitaciones y posibilidades de sus experiencias de corporalidad, el cuerpo emerge entonces como un sitio para actos terrenales de resistencia y rebelión así como de sumisión. Por ejemplo, prácticas como las restricciones del vestido religioso o el uso del velo, que a primera vista parecen represivas y restrictivas, para muchas mujeres significan un espacio para los intentos de las mujeres para darle sentido a sus vidas.

Cuando las mujeres confrontan discursos culturales que las instruyen en que sus cuerpos son inferiores, se crea una brecha entre el cuerpo como deficiente y el cuerpo como un objeto a ser remediado. En el primer caso, el desacuerdo se transforma en un activo proceso desde el cual las mujeres se comprometen con sus cuerpos como un objeto de trabajo para "hacer feminidad". Las mujeres luchan con los discursos culturales de la belleza femenina y sus ambivalencias por decidirse a tener sus cuerpos alterados quirúrgicamente, se han desarrollado entonces algunas propuestas teóricas para comprender prácticas corporales, como la cirugía cosmética, como parte de un proceso de objetivación del cuerpo femenino y como una oportunidad para ser un sujeto corporizado o encarnado de acuerdo a los patrones hegemónicos de belleza. En el segundo planteamiento, la atención se ha trasladado desde la agencia y las prácticas mundanas de la corporalidad a las posibilidades simbólicas de subvertir normas culturales del género a través del cuerpo. Se argumenta que prácticas como el travestismo o la transexualidad rompen o subvierten la homogeneización de las normas culturales del género. Las construccionistas del cuerpo femenino o el trasvesti masculino son los orígenes potenciales del "género en disputa", precisamente porque ellos alteran nuestras concepciones normativas de la apropiación del cuerpo femenino o masculino y proporcionan la inspiración para un cuerpo político trasgresor. Sin embargo, esas prácticas pueden en sí mismas apuntalar las nociones de la feminidad (las *drag queen* son el caso puntual) y no necesariamente ser sujetos de un proceso de empoderamiento por parte de los individuos con quienes se relacionan, creando así ciertos espacios simbólicos que dan la posibilidad para experimentar con identidades alternativas que han encendido la imaginación de muchas feministas académicas, propiciando los ímpetus teóricos para una perspectiva posfeminista sobre el cuerpo.

La reciente emergencia de la teoría *Queer,* confirma esta nueva tendencia. Inicialmente se desarrolló como una reacción a la "patologización" del deseo por el mismo sexo, la teoría *queer* proporciona una voz a los activistas gay y a los protagonistas de la cultura *queer*. Fuertemente influenciada por Foucault y la teoría constructivista, la crítica literaria y los estudios culturales, la teoría *queer* se ha movido sobre la que ha sido una de las más potentes críticas al pensamiento moderno (incluyendo algunos planteamientos del feminismo). Ataca todas las formas de pensamiento binario incluyendo todas las formas dualistas del sexo y del género. La hipótesis de que hay dos géneros los cuales están invariablemente definidos por los genitales está desterrada a favor de una visión que trata a todos los cuerpos como un relato, un texto o una actuación (*performance*) de género. La teoría *queer* ataca el centrismo hegemónico de la heterosexualidad y somete la iconografía homosexual a la crítica cultural posmoderna.

Los teóricos posfeministas del cuerpo como Elspeth Probhyn, Judith Butler y Elizabeth Grosz, han aceptado la teoría *queer* como una perspectiva radical para repensar la teoría feminista del cuerpo y desarrollar una alternativa política multicultural, ya que ofrece una forma de celebración de una política de subversión creativa sin retirar la política de la identidad o de las tácticas de rebelión colectiva que pertenecieron a la política del cuerpo durante los setenta. Las políticas se ven dotadas de una estética corporal y, sorprendentemente, el cuerpo toma un papel central en la estética transgresora de actuación y exhibición. La política feminista del cuerpo involucra experimentación, cruce de fronteras, y una continua determinación a la sorpresa y el trastorno.

Algunas feministas han sido más escépticas y argumentan que estas nuevas formas de transgresión son

meramente rebeliones sin contenido, una propia conciencia posando la cual carece de un sentido moral. Elizabeth Wilson[23] señala, "ésta no es una transgresión que debería ser nuestra contraseña sino nuestra transformación". Mientras tal crítica proporciona una bienvenida palabra de precaución, la teoría *queer* permanece, no obstante, como una poderosa invitación a tomar la subversión a través del cuerpo, seriamente y explorando las posibilidades para una política alternativa del cuerpo.

Colofón

A primera vista, el interés por la reciente resurrección del cuerpo como tema en las ciencias sociales debería ser un indicativo de que tres décadas de feminismo académico sobre el cuerpo, finalmente tuvo resultados. La desamparada mente masculina aparentemente ha encontrado su cuerpo y disfrutado la tierra de la vida. Las feministas pueden ahora, junto con la crítica académica masculina, crear una verdadera ciencia de la corporalidad, una ciencia que tome en cuenta tanto la cotidianeidad del cuerpo como en la teoría social.

Desafortunadamente, una segunda mirada muestra que tal postura por parte de las feministas sería prematura, sobre todo, en el contexto de los análisis multiculturalistas que destinan sus reflexiones a la obtención de la equidad en los derechos civiles, sin tomar en cuenta el cuerpo de los individuos como el sustrato de la minorización y la discriminación. El cuerpo puede regresar como tema, pero la nueva teoría sobre el cuerpo es justamente masculinista y sin cuerpo como siempre lo fue. Si bien se reconoce la importancia del feminismo en ayudar a hacer del cuerpo un tema, las actuales feministas académicas que estudian el cuerpo están notablemente ausentes de la literatura sobre la nueva teoría del cuerpo. Si la referencia es hacer de la teoría feminista un todo, tiende a ser limitada a las clásicas, Shulamith Firestone o Kate Millet, mientras las más recientes intervenciones teóricas de Iris Young, Susan Bordo o Elizabeth Groz, son ignoradas. Esto no es meramente un pecado de omisión, sino parte de los efectos de la teoría que son retomados para explicar la importancia del cuerpo en la vida social contemporánea. Críticas al consumo cultural en occidente y a las tecnologías del cuerpo son incorrectamente asumidas e inciden en los modernos procesos de autodefinición y en sus propios proyectos de identidad sin ninguna consideración, le son atribuidos al género, a la etnicidad o cualquier otra diferencia socialmente construida. Las críticas a la inclinación de la ciencia hacia el no cuerpo o anti-cuerpo, apuntan al problema de nuestro legado cartesiano del dualismo mente-cuerpo, se asume que una pequeña teoría posmoderna será suficiente para retomar la importancia del cuerpo. El posmodernismo con su demoledora crítica a las dicotomías como mente-cuerpo, naturaleza-cultura, y emocionalidad-racionalidad, ciertamente ha ayudado a hacer del cuerpo un tema popular. Sin embargo, las perspectivas posmodernas sobre el cuerpo no han dejado de tener sus problemas. La teorización posmoderna ha sido también cerebral, esotérica y, últimamente, una actividad descorporeizada. El problema es que las teorías sobre el cuerpo nos distancian de las experiencias diarias de la corporalidad y hasta de los placeres y peligros del propio cuerpo.

La teoría feminista sobre el cuerpo proporciona un esencial correctivo al carácter masculino de mucha de la nueva teoría precisamente porque toma la diferencia, la dominación y la subversión como punto de partida para comprender las condiciones y experiencias de la construcción corporal en las culturas contemporáneas. Los cuerpos no son universalizables sino que soportan las marcas de la diferencia culturalmente construida. Comprender lo que la apropiación del cuerpo significa para los individuos depende de ser capaces, hasta cierto punto, de analizar cómo las diferencias sexuales, raciales y otras, se vinculan y dan significado a sus interacciones con sus cuerpos y a través de sus cuerpos con el mundo que los rodea. Las condiciones de apropiación de los cuerpos son organizadas por patrones sistemáticos de dominación y subordinación, haciendo imposible comprender las prácticas del cuerpo individual, los regímenes del cuerpo, y los

[23] Elizabeth Wilson, "Is Transgression Transgressive?", in Joseph Bristow and Angelia R. Wilson (eds.), *Activiting Theory: Lesbian, Gay, Bisexcual Politicas,* Lawrence & Wishart, London, pp. 107-117.

discursos acerca del cuerpo sin tomar en cuenta el poder.

En este sentido, reflexionar en torno al cuerpo y al género como una necesidad para al análisis multicultural nos conduce a la contradicción fundamental de este debate: la que se establece entre nuestra identidad y nuestra práctica política. La exigencia de reconocimiento público por parte de las mujeres es similar a la exigencia que han formulado muchas minorías. El pleno reconocimiento público como ciudadanos iguales en las sociedades globales contemporáneas, puede, como señala Charles Taylor,[24] requerir dos formas de respeto: 1) a la identidad única de cada individuo, cualquiera que sea su sexo, raza o filiación étnica; 2) a aquellas actividades, prácticas y modos de ver el mundo que son objeto de una valoración singular o que son inseparables de los miembros de los grupos en desventaja, incluyendo a las mujeres, los asiático-americanos, los afroamericanos, los hispanos, los americanos aborígenes, y todos aquellos grupos en los que reconocemos una marca corporal que los vuelve "minoría".

Como se puede advertir, gran parte de los reclamos que han caracterizado los movimientos sociales de finales del siglo XX y principios del XXI, han tenido como sustento la búsqueda de ambas formas de respeto que plantean al mismo tiempo la importancia del vínculo entre lo individual y lo colectivo. Es indudable que movilizaciones como las protagonizadas por gays y lesbianas exigen respeto a su identidad, pero también a una manera de concebir el mundo y de proponer un orden diferente en las relaciones entre los individuos, tal es el caso de las discusiones que observamos en nuestro país en relación a la iniciativa de ley sobre las "Sociedades de convivencia". Por otro lado, el neozapatismo ha puesto también a debate el respeto por la identidad étnica de los individuos, del mismo modo que por el logro del reconocimiento a sus costumbres y tradiciones, desde religiosas a políticas.

[24] Charles Taylor, *op. cit.*

Bibliografía

Bordo, Susan, *The Flight to Objectivity: Essays on Cartesianism and Culture,* SUNY Press, Albany, 1987.

———*Unbearable Weight. Feminism, Western Culture and the Body,* University of California Press, Berkeley, 1993.

Brumber,Joan Jacobs, *The Body Project. An Intimate History of American Girls,* Vintage, New York, 1998.

Butler, Judith, *Trouble Gender: Feminism and the Subversión of Identity,* Routledge, New York, 1989.

———*Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"* (1993), Trad. Alcira Bixio, Paidós, Barcelona, 2002.

Cixous,Hélène, "The Laugh of Medusa", en *Signs* 1, 1976, pp. 75-893.

Davis Kathy, *Reshaping the Female Body. The Dilemma of Cosmetics Surgery,* Routledge, New York, 1995.

Eisenstein, Zillah R., *The Female Body and the Law,* University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1988.

Frank, Arthur, "For a Sociology of the Body: An Analytical Review", in Mike Featherstone, Mike Hepworth and Bryan S. Turner (eds.), *The Body. Social Process and Cultural Theory,* Sage, London, 1991.

Irigaray, Luce, *Speculum of the Other Woman,* Cornell University Press, Ithaca, 1985.

Kristeva, Julia, *Desire in Language,* Columbia University Press, New York, 1980.

Muñiz, Elsa *Cuerpo, representación y poder: México en los albores de la reconstrucción nacional, 1920-1934,* Universidad Autónoma Metropolitana y Miguel Ángel Porrúa, México, 2002.

Nash, Mary, "Diversidad, multiculturalismo e identidades: perspectivas de género", en Diana Marre y Mary Nash (eds.), *Multiculturalismo y género. Un estudio interdisciplinario,* Ediciones Bellaterra, Barcelona, 2001.

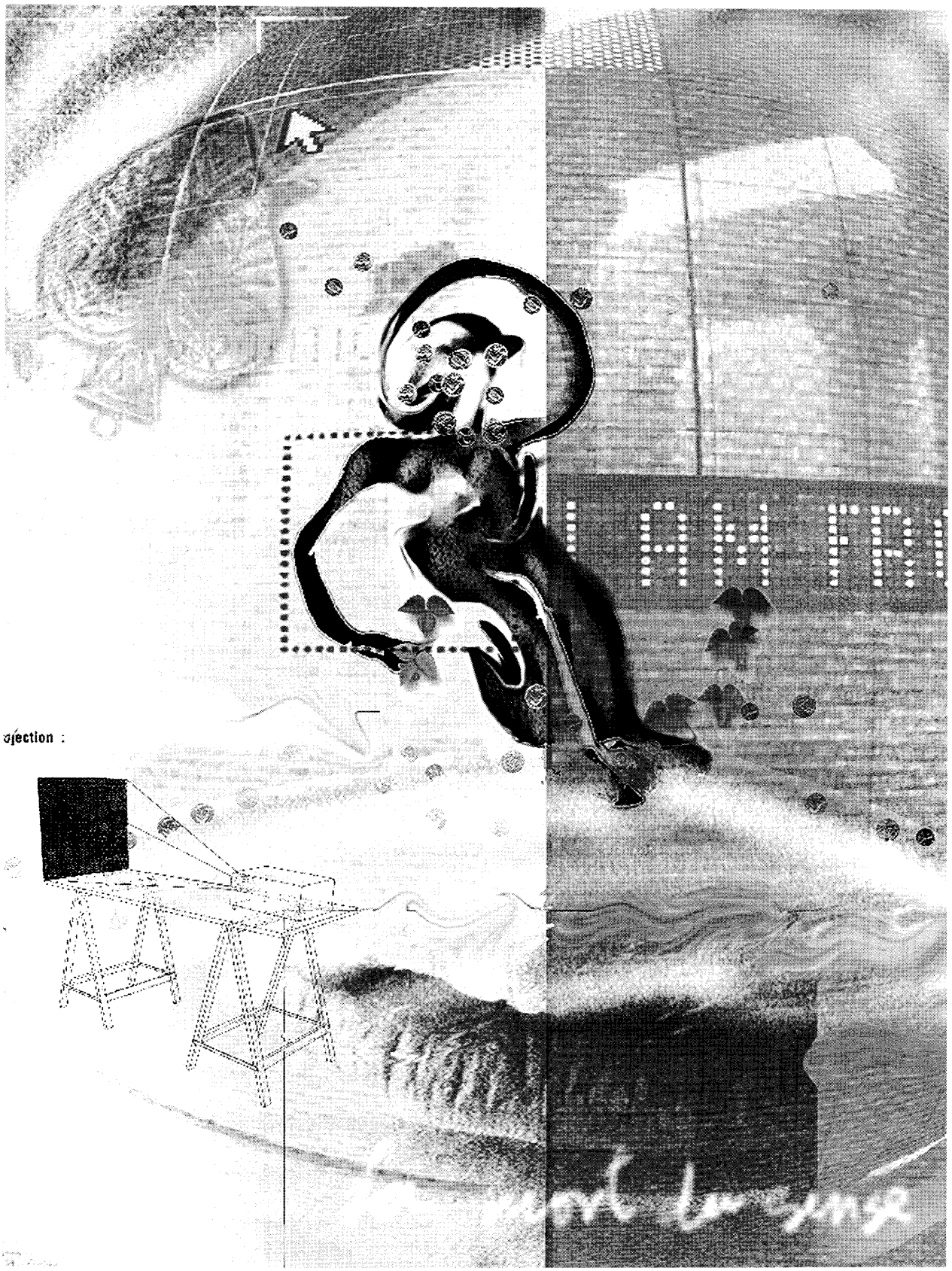
Shilling, Chris, *The body and Social Theory,* Sage, London, 1993.

Taylor, Charles, *El multiculturalismo y "la política del reconocimiento",* trad. Mónica Utrilla de Neira, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

Touraine, Alain, *¿Podremos vivir juntos?,* Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1997.

Wilson, Elizabeth, "Is Transgression Transgressive?", in Joseph Bristow and Angelia R. Wilson (eds.), *Activiting Theory: Lesbian, Gay, Bisexcual Politicas,* Lawrence & Wishart, London, pp. 107-117.

Young, Iris Marion, *Throwing Like a Girl and Other Essays in Feminist Philosophyand Social Theory,* Indiana University Press, Bloomington and Indianapolis, 1990.


ojection :